



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

Las maravillosas características de la verdad

Exposición del Mensajero del Eterno

LAS benevolencias divinas son para nosotros un grandioso festín espiritual. Pues surten un efecto maravilloso en nuestro sistema nervioso sensitivo, y procuran a todo nuestro ser un magnífico confortamiento, por el fluido vital que así nos es dispensado. Es con este material divino como podemos realizar en nosotros los efectos de la verdad, que son amor y también vida.

Naturalmente, se trata de tomar con discernimiento el alimento espiritual que nos viene del Señor. Por eso, cada pensamiento divino que recibimos, ha de despertar en nuestra alma el sentimiento de la gratitud, la cual permite que los efluvios de la gracia y de la bendición sean beneficiosos para nosotros. Para esto es necesario que seamos muy atentos, y que combatamos la distracción.

Así es como podremos llegar a sentir todo el sabor de las riquezas espirituales que nos son dispensadas por el Señor. Mientras que si no estamos en la nota para recibir lo que el Señor quiere darnos, somos como un enfermo que no tiene nada de apetito, y a quien le cuesta muchísimo tragar lo que le dan, porque nada funciona bien en él.

El apóstol Pablo escribía a los colosenses: "Como habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él, arraigados y fundados en él, y afirmados por la fe." Col. 2: 6, 7. Por tanto, para nosotros se trata de recibir a nuestro Señor Jesús como conviene, como un Amigo que quiere introducirnos en la familia divina y que nos llama a su escuela. En esta escuela, también es necesario que aprendamos a comer, tanto espiritual como materialmente.

Debemos aprender a masticar de la buena manera, así como a digerir, para que podamos asimilar las buenas cosas que recibimos, y sacar de ellas todo el provecho requerido. Así adquiriremos poder y fuerza espiritual y corporalmente, para vencer toda la adversidad que pueda presentárenos en el camino. Es así cuando la circulación del espíritu de Dios puede manifestarse libremente en nosotros.

Actualmente, el espíritu de Dios no obra en los seres humanos. Sin embargo, el organismo del hombre está hecho para estar bajo la acción de este glorioso espíritu, y bajo ninguna otra acción. Tan pronto como se encuentra bajo otra influencia, está sujeto a crispaciones que son muy perniciosas para él.

Tenemos por ejemplo el cáncer; esta enfermedad espantosa viene a consecuencia de crispaciones que obstruyen en el cuerpo la circulación normal, y se forma un pequeño núcleo en una parte cualquiera del organismo. Este núcleo

echa raíces en todas direcciones, y finalmente provoca la muerte.

Es igual espiritualmente. Formamos parte de un todo, y debemos vivir para el bien de nuestro prójimo, como lo hace cada órgano en el cuerpo del hombre. Pero si nuestra pequeña personalidad egoísta busca de continuo su propia satisfacción, también echa por todas partes ramificaciones para su gran perjuicio. Finalmente es ahogada por su egoísmo.

Así la persona se destruye de tanto que quiere satisfacerse; pero si se da cuenta, lo más radical para atajar el mal, es que empiece resueltamente a arrancar todas las raíces de egoísmo que descubre. Es así como por fin logrará hasta quitar el núcleo mismo del mal con todas sus adherencias. De esta manera podrá curarse del cáncer del egoísmo, y el otro será vencido a su vez.

Es fácil darnos cuenta de que el cáncer físico y el cáncer espiritual son enfermedades peligrosas, que estorban en gran manera las circulaciones, tanto espirituales como físicas, indispensables a la vida duradera. Se comprende también por qué nuestro querido Salvador dijo: "Amaos unos a otros".

En efecto, si nos amamos unos a otros, establecemos así la circulación espiritual que nos es necesaria, la cual facilitará mucho la circulación física. Cuando podemos realizar el sentimiento del afecto divino, nos sentimos muy cerca unos de otros, esto de una manera digna y agradable. Es muy distinto de las manifestaciones del amor egoísta, interesado y diabólico.

Es fantástico lo que les cuesta a los seres humanos realizar un ambiente de afecto y de estima acerca de los demás. Pues suelen considerar a su prójimo como inferior. Buscan continuamente excusas para sí mismos, pero acusan a su prójimo, diciendo que es él quien es culpable.

Sin embargo, tendrían que hacer lo contrario para curarse del cáncer del egoísmo. Si buscaran las ventajas de su prójimo, harían retroceder en sí mismos las raíces del egoísmo. Siguiendo en esta dirección, acabarían por alcanzar el núcleo, o sea el viejo hombre, que entonces podrían hacer desaparecer completamente. Es con este tratamiento como no quedan más trazas de cáncer, y como logramos convertirnos en nuevas criaturas.

Si queremos ganar esta victoria, está claro que debemos poner en ello todo nuestro corazón. Recibir al Señor Jesucristo dignamente, de una manera teórica al principio, nos procura mucho gozo, nos abre magníficos horizontes, porque tenemos entonces esperanza en el porvenir, lo que nos regocia mucho.

Es como si yo pensara: "Dentro de un mes habrá una gran fiesta, y tendré el gozo de encontrarme con personas que amo mucho". Sólo la espera de ese feliz día me regocijará de antemano, aunque no haya llegado aún el día, y que sólo sea en forma de esperanza.

Es, pues, indispensable que podamos realizar el ambiente maravilloso de la presencia del Señor Jesús. No lo vemos con nuestros ojos físicos, sino con nuestros ojos espirituales, y lo mismo lo percibimos con nuestro corazón espiritual, que es sensible a su benevolencia, a su bondad y a su fidelidad.

Cuando hemos faltado, nos beneficiamos de su extrema benevolencia, de su indulgencia y de su misericordia. Estas cosas suceden en nosotros espiritualmente. Pues el hombre animal no percibe nada de todo esto.

Es muy necesario tener contacto con el Señor, sentirnos apegados a su gloriosa persona, estrechamente unidos a él como colaboradores para establecer el Reino de Dios en la tierra. Esto debe ocuparnos continuamente. Entonces no tendremos más tiempo de pensar en nuestro cáncer, es decir, en nuestro egoísmo. Al no pensar más en él, se disipará el mal. Tan pronto como tenemos un malestar espiritual, es el resultado de una manifestación egoísta, podemos estar seguros de ello.

Si consideramos nuestro cuerpo, nadie puede negar que todos sus órganos funcionan altruistamente y que el corazón trabaja para el bien de todo el organismo. Cuando en un individuo todo funciona de maravilla, si tocamos sus manos las tiene calientes, y también sus pies, aunque haga frío.

Pero si tocamos las manos de alguien cuyo organismo funciona imperfectamente, las tiene frías, aunque la temperatura no sea muy baja. Entonces, para remediarlo, necesita ponerse mitones, guantes o manoplas.

Sucede lo mismo espiritualmente. Por supuesto que hay muchas cosas que quisieran interponerse para que no recibamos al Señor Jesús dignamente. Se trata de descubrirlas y luchar victoriosamente contra ellas, empleando las armas de Dios.

Cuando ya hemos podido recibir a nuestro Señor Jesús de una manera teórica, por este hecho nos regocijan en gran manera todas las perspectivas que se nos ofrecen. Pero después debemos vivir lo que hemos comprendido del programa divino, para que la teoría esté seguida de la práctica.

No es con una teoría como podremos mantenernos en el Reino, sino que esto requiere la práctica. Con la teoría sola, podemos dar magníficos testimonios, pero luego no tenemos

la fuerza requerida para afirmarnos, e incluso podemos hacer muy peligrosas caídas, las cuales pueden ser fatales.

Es evidente que somos responsables de lo que sabemos de los caminos divinos, y no nos son revelados para que sigamos siendo egoístas. Al contrario, es para que podamos mejorarnos, haciendo que otros se aprovechen del maravilloso mensaje y al dejarlo obrar en nosotros de manera que nos sane de nuestro cáncer, que es el egoísmo.

Ahora bien, "andar en el Señor Jesucristo" representa también una lucha contra nosotros mismos; pues una multitud de cosas se interponen para impedirnos avanzar. Para unos es su mujer, o es el marido, los padres, los hijos. O bien es el dinero, un puesto, etc.

Cuando la madre y los hermanos de Jesús vinieron para hablarle, él respondió: "¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? Son los que hacen la voluntad de mi Padre que está en los cielos". El sabía poner cada cosa en su lugar, y es lo que también conviene que hagamos, con la ayuda de la gracia divina.

Por tanto, tiene mucha importancia que nos dejemos absorber por los caminos del Reino de Dios. Esto requiere obedecer a la verdad, a fin de adquirir rasgos de carácter que nos hagan estables y completamente seguros. No basta, pues, recibir la verdad teóricamente, sino que hace falta la práctica. Es indispensable, para que empiece en nosotros la obra grandiosa de salvación en Jesucristo.

Como acabamos de decirlo, nuestro querido Salvador no titubeó, ni siquiera al tratarse de su querida madre. En cuanto a nosotros, una vez que hemos recibido a nuestro Señor Jesucristo, es necesario a continuación que andemos en sus caminos.

Es así como podremos curarnos completamente de todas nuestras taras y de todas nuestras imperfecciones. Una forma de proceder muy eficaz para curarnos, es bendecir a los que nos maldicen y orar por los que nos persiguen. Así el resultado es magnífico, porque pasamos a la acción; por este hecho puede afirmarse la verdad en nosotros.

Yo me he esforzado en este sentido, y por eso el adversario me vigila. Tan pronto como ve en mí un punto vulnerable, no se le escapa para atacarme. Además, si he orado por un hermano o una hermana que estaba en déficit, debo pagar también pues se trata de realizar el programa divino siguiendo en las huellas de nuestro querido Salvador.

Es muy hermoso haber recibido a nuestro Señor Jesucristo, tener la visión del Reino de Dios, del huerto del Edén restaurado en toda la tierra, pero es preciso también trabajar en ello. Es por la santidad de la conducta y por la piedad como lo podemos lograr.

Una cosa depende de otra, según la ley de las equivalencias. Las benevolencias divinas deben producir en nosotros un profundo sentimiento de gratitud. Si en nuestro corazón no sentimos estos impulsos de gratitud, podemos pedir al Señor que nos ayude, teniendo el ardiente deseo de realizar el programa divino. Para realizarlo, nos es útil que pasemos por distintas experiencias para que nos maduren.

Es muy comprensible, pues, la exhortación del apóstol Santiago que dice: "Tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas". Si no estamos contentos, si reclamamos, esto significa que todavía el viejo hombre tiene mucho que decir en nosotros.

Un miembro del cuerpo de Cristo debe poder amar como conviene a todos los miembros del Ejército del Eterno. Los que tienen un hijo, lo excusan fácilmente. Si ha cometido una falta y que la siente, le tienen un profundo sentimiento de misericordia a la arrepentida criatura, a la cual reaniman y consuelan. No la regañan, sino que le enseñan el buen camino.

Es así es como debemos hacer con el Ejército del Eterno; tenerle mucho amor y mucha paciencia. Naturalmente, el camino es siempre la luz, y no debemos apartarnos de él. Lo que se nos pide es enseñarlo con dulzura, ternura y con un verdadero afecto maternal.

Si todavía no lo conseguimos, es menester ejercitarnos hasta que el viejo hombre duro y seco haya desaparecido, porque éste tiene un corazón de piedra. Es preciso que este corazón de piedra lo substituyamos por un corazón de carne, comprensivo y afectuoso; es de esta manera como podemos rodear de afecto a los hijos espirituales que el Señor nos confía.

La familia divina es unida por sentimientos infinitamente afectuosos. En el Reino de Dios nadie será un extranjero. Por eso debemos considerar a todos los seres humanos como miembros de nuestra familia según Adán. Es haciéndoles conocer a la familia divina, como les traemos el mensaje del amor divino; la nueva familia es unida por lazos que se manifiestan en el grado espiritual.

Al obrar de esta manera vamos comprendiendo cada vez mejor el carácter de nuestro querido Salvador. El nunca se cansa de nosotros, está siempre dispuesto a levantarnos, a recibirnos, a consolarnos y a restablecernos en su gracia; su amor es maravilloso y es de una completa estabilidad.

Desde luego, para formar semejante familia se necesita tener los sentimientos que estaban en Jesucristo. Y si permanecemos firmes en la realización del programa, los miembros de nuestra familia carnal acabarán también por venir. ¿A dónde irían en otra parte?

Por supuesto, en general los seres humanos nunca han sentido aún el sabor, la dulzura ni todos los beneficios del amor divino. Ellos no han entrado en contacto con Aquel que es todo amor, y cuyo amor es más fuerte que la muerte.

Por lo tanto, después de haber recibido al Señor Jesús, es preciso también que andemos en sus caminos. Es entonces glorioso, porque el Señor nos abre horizontes y nos concede grandiosas posibilidades. Entonces podemos regocijarnos, consolar, ayudar material y espiritualmente a nuestro alrededor, sin que nada nos falte por un lado ni por otro. Es la abundancia continua, porque hacemos circular en beneficio del prójimo lo que el Señor nos da.

Es, pues, un inmenso gozo poder andar en los caminos divinos, y sólo podemos sentirnos entusiasmados. Pero también es preciso que nuestro entusiasmo sea comunicativo. Para esto, desde luego, es indispensable vibrar con el programa divino.

Comprendemos, pues, que queda aún mucho por hacer en nosotros para desembarazarnos de todas nuestras manchas. Son las impurezas, que sean físicas o espirituales, que interceptan la circulación. Por lo tanto, es necesario que las eliminemos para poder movernos sin dificultad en la gran circulación del amor divino.

El Eterno es de un desinterés inefable. Cuando puede honrar a alguien, siente un inmenso gozo. Su corazón está tan lleno de amor que ha creado seres en cantidad para poder derramar

sobre ellos su maravilloso afecto. Pero también obliga que estos seres se muestren dignos de recibir toda su ternura y su bondad.

Hemos recibido bendiciones en abundancia benevolencias inauditas de parte del Señor; pero somos también responsables de hacer buen uso de ellas. Se trata, pues, de no quedarnos en la teoría, sino de cristalizar en la práctica lo que hemos recibido. Es así como formaremos un corazón afectuoso, amable, tierno, misericordioso, desinteresado, feliz de todo el bien que le corresponda a nuestro hermano o a nuestra hermana.

Si un miembro es honrado, nos regocijamos con él de todo corazón. Pero si al contrario hay uno que está en la aflicción, lo rodeamos de afecto y lo ayudamos; lo consolamos afectuosamente con el espíritu de la gracia divina.

El Eterno tiene un plan inefablemente bello y sublime. Él quiere formar con los humanos a seres que hagan el bien voluntariamente, sin ser obligados a ello; no por temor a represalias, sino con toda libertad, porque les entusiasma el bien, y aborrecen el mal.

Esto requiere pasar por una educación muy particular. El proceso es largo para obtener este grandioso resultado. Mas el Eterno tiene toda la paciencia necesaria, está seguro del éxito; conoce el fin antes del principio.

Nos alegramos de asociarnos íntimamente a esta obra tan inexpresablemente bella, para formar así hijos de Dios en el grado terrenal. Estos se conducen delante del Eterno con la rectitud y la dignidad de seres reeducados. Sienten entusiasmo por el Omnipotente y sus caminos, por sus misericordias, su perdón y su bendición. Se sienten atraídos y apegados al Eterno con todas las fibras de su corazón.

Tenemos, pues, inefables perspectivas delante de nosotros; por tal motivo, merece la pena hacer todos los esfuerzos necesarios para reformarnos. Si ya hemos puesto a un lado las tendencias más groseras, se trata ahora de corregir las que son más sutiles, y por consiguiente menos visibles, pero que no por eso son menos perniciosas.

Estas tendencias constituyen lo que Salomón, en el Cantar de los Cantares, llama "las zorrillas que asuelan las viñas". Son las que es menester hacer desaparecer de nuestro corazón, para ser dignos del llamado que nos ha sido hecho, y afirmar nuestra elección, ya sea como miembros del pequeño rebaño, o bien del Ejército del Eterno.

Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Hemos estado llenos de alegría y de optimismo, progresado en la gratitud, el aprecio a Dios y a sus caminos?
2. ¿Hemos podido vencer algo de egoísmo y de orgullo, atraído al espíritu de Dios con nuestros esfuerzos de santificación?
3. ¿Hemos podido existir siempre para el bien del prójimo, vencer resistencias y malhumor, progresado en el amor fraternal?
4. ¿Hemos renunciado, cultivado la humildad, la bondad, traído el ambiente del Reino de Dios, dado siempre la prioridad al Señor?
5. ¿Traemos, como nuestro querido Salvador, siempre impresiones divinas?
6. ¿Hemos podido amar a cada uno sin reticencia, ser verídicos en todo, evitar rodeos, sido afectuosos, tiernos y misericordiosos?